

021 NSC (363)

EB.



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 363

50 cts



**AMOR DE
HERMANO**

por

**Conway Tearle
Margaret Morris
y el niño
Frankie Darro**

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración { Teléfono 2717 A

Año VII

BARCELONA

N.º 363

Amor de hermano

Sentimental producción
interpretada por

Conway Tearle,

Margaret Morris

y el niño Frankie Darro



EXCLUSIVA DE
L. GAUMONT

PASEO DE GRACIA, 66

BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de

MARIA PAUDLER

Revisado
por la censura gubernativa

Imp. Badía — Dr. Dou, 14 — Barcelona



AMOR DE HERMANO

Argumento de la película

I

Son pocos, desgraciadamente; pero aun en nuestra sociedad actual, egoísta y metalizada, surge a veces el hombre— escultor de hombres — que en el barro dócil de la infancia se complace en moldear la futura estatua humana, plena de belleza, de gracia y de dignidad.

He aquí un chiquillo que no tiene suerte. Es Juanito Barry. Simpático, listo, con un gran corazón en su cuerpo de niño.

No llega a los diez años, pero, por su modo

de ser, cualquiera le atribuiría la mitad más.

El chico no viste como el príncipe de Gales ni se alimenta con idénticos manjares. Es muy demócrata y no come nada regio.

La vida se le ha mostrado siempre dura, sin duda por no haberse fijado detenidamente en él, en sus cualidades de hombrecito, en su alma, pura como la de un santo.

A los cinco años quedó huérfano de padre y madre, y desde entonces vive con su hermano, Jaime Barry, un desdichado muchacho de veinte inviernos, que tales eran sus años, pues en ninguno de éstos conoció la dulzura de la Primavera.

Jaime es el encargado de subvenir a las necesidades domésticas, y cumple como puede — sin oficio fijo — su misión, a la vez paterna y materna.

Los dos hermanos no tienen más que su mutuo cariño, y serían capaces de sacrificarse el uno por el otro.

Juanito, cuando nosotros le conocemos, demuestra a su hermano que de todo es capaz por él.

El niño cojea. Tiene una pierna débil y un

tosco aparato se la sujeta desde la rodilla hasta la planta del pie.

Avanza lentamente, con una cañita en una mano, hacia un buen señor que ocupa un sitio elevado.

Se halla en la sala de audiencia del juez del distrito.

¿Por qué está allí, sin que le acompañe su hermano?

¿Ha cometido, acaso, una mala acción?

No sería de extrañar, pues las privaciones, el frío, la desesperación, son malas compañías.

Pero, no. Juanito es incapaz de nada malo.

El niño está allí para salvar a su hermano, que tiene una cuenta por saldar con la justicia.

El juez, al ver al pie de su estrado al mocoso, inquiere el motivo de su presencia; y Juanito, arisco y salvaje como un erizo con todo el mundo excepto con su hermano, cuyo cariño es el único que ha conocido, contesta con firme entonación:

—Vengo a sacar a mi hermano de aquí.

El magistrado se extraña del gesto de hombre del chiquillo, sonríe paternalmente; y le

señala a un funcionario, para que se dirija al mismo a fin de arreglar el asunto con él.

Juanito se acerca sin vacilación a la mesa del amanuense, que está agobiado de trabajo, y le expone, sin esperar a que termine la redacción de un papelote, su pretensión.

—Vengo a buscar a Jaime.

—¿Quién es Jaime? — pregunta, incomodado por la interrupción, el funcionario.

—¡Quién ha de ser! ¡Mi hermano! ¡Jaime Barry!

—Espera un momento...

El empleado consulta unos *dossiers* y encuentra el que se refiere al hermano de Jaime; y lee la sentencia pronunciada contra él. Dice así:

Por pelearse en la vía pública y alterar el orden: 15 dólares de multa o en su lugar 8 días de arresto.

—Sí, ya sé que se han de pagar 15 dólares — le interrumpe Juanito—. Tenga usted. Se los traigo en esta cajita. ¿Quiere contarlos?

—Pero...

—Son los ahorros míos y de mi hermano... No creo que haya que traerlos en billetes.

El juez y el funcionario cambian expresivas miradas, sonríen, y el segundo, después de haber desparramado sobre la mesa las numerosas monedas de cobre contenidas en la hucha, las cuenta rápidamente y responde:

—Bien, muchacho; no falta ni un centavo.

—Ya me lo parecía a mí. ¡Hace tanto tiempo que ahorramos mi hermano y yo!

Pero lo cierto es que no había tal cantidad en la cajita, mas, apiadado de él, el amanuense, que, sin duda, es padre de familia, sacrifica unos dólares de su peculio personal y, así, Juanito puede tener la alegría de volver a ver pronto a su hermano.

Jaime es enviado a buscar y aparece al poco rato.

El aspecto del detenido no es desagradable; al contrario. Pero luchan en él su temperamento impulsivo, que insensiblemente le arrastra hacia el mal, y su bondad ingénita, que le impulsa a seguir el recto sendero.

Al encontrar en la sala del juez a su hermanito, queda asombrado y mil pensamientos golpean, como un martillo, en su cerebro.

Juanito no puede reprimir un grito de

triumfo, abre los brazos y los tiende hacia Jaime.

Este, a su vez, sonríe, olvidándose de todo, y se reúne con exaltación al pequeño, estrechándole contra su corazón.

Luego, volviendo a la realidad, le pregunta:

—¿Qué haces tú aquí, Juanito?

—¿Teme, tal vez, que su hermanito haya podido imitarle en alguna de sus malas costumbres, habiendo merecido por ello el trato con la justicia?

—Eran sus propios pecados los que le hacían dudar incluso de su hermanito. ¡Desdichado!

Juanito le tranquilizó presto.

—Mira — le dijo, enseñándole la cajita de los ahorros vacía.

—¿Qué significa esto, hermanito?

—Yo no podía consentir que estuvieses encerrado durante ocho interminables días en un calabozo, teniendo en casa el dinero para tu rescate. Conque, ya puedes venir conmigo. ¡Eres libre, Jaime!

El empleado, a quien el detenido ha consultado con la mirada, confirma con un movimiento de cabeza las palabras del niño, y

entonces Jaime, conmovido, observa de frente a Juanito, lo admira, como se admira a los hombres de cuerpo entero, y exclama:

—¡Gracias, pequeño, gracias! ¡No olvidaré esto nunca!

Y, al salir de la sala de audiencia del juez del distrito, la gente mira con emoción a los dos hermanos, que no cesan de hablarse, muy cariñosamente abrazados.

II

La prensa se ocupaba activamente, de un tiempo a aquella parte, de un grave asunto que afectaba a la sociedad entera, amenazándola con la más trágica ruina.

He aquí el título del sensacional artículo publicado últimamente por todos los periódicos:

Una banda internacional de expendedores de drogas infesta la ciudad. Dicha banda se dedica también al robo de joyas. Drogas y joyas son escondidas en cigarros puros.

El detective Anderson toma cartas en el asunto.

Los comentarios de los rotativos eran enérgicos. Era necesario que todos colaborasen en la obra destructora del terrible peligro de los alcaloides.

Destacándose entre los más decididos de-

fensores de la sociedad, por convicción más que obligado por el deber, el detective Alfredo Anderson, jefe de la Policía Secreta, se había entregado en cuerpo y alma al aniquilamiento de la terrible plaga, y estaba dispuesto incluso a dar su vida por la consecución de sus propósitos, que tantas vidas salvarían.

Anderson merecía el calificativo de hombre en todas las acepciones de la palabra. No era solamente un funcionario de alta responsabilidad, sino un corazón recto y un espíritu abierto a todos los nobles horizontes; y su piedad por los niños desgraciados era la gran pasión de su vida.

Aquel día, el mismo de la publicación del transcrito artículo acerca de su campaña contra la obra nefasta de los expendedores de estupefacientes y contrabandistas de joyas, hallábase en su despacho privado interrogando a una muchacha, acompañada de un agente de policía femenino, sobre el uso de las drogas fatales.

—No llore usted, que no le vamos a hacer

ningún daño. Díganos la verdad, y no le ocurrirá nada; se lo aseguro.

—¡Yo no he hecho nada malo! ¡Yo soy buena! — gemía entre sollozos la jovencita.

La agente de policía dijo al detective:

—Es una verdadera lástima, jefe. Esta muchacha tiene sólo quince años, y, al parecer, toma estupefacientes desde que estaba en la escuela.

Anderson preguntó a la viciosa:

—¿Quién le vende a usted esas drogas, hija mía?

Presa de alarmante crisis nerviosa, la infeliz respondió:

—¡No, no! ¡Si lo digo ya no me las darán nunca más! ¡Y las necesito para vivir!

—Calma... calma...

—¡No, no! ¡No lo diré, no lo diré!

—Escúcheme... Sea usted sumisa... En la vida saludable que va usted a emprender desde ahora, no las volverá a necesitar. Vamos a ver, hable...

—¡No! ¡Nunca! ¡No quiero!

A una seña de Anderson varios agentes introdujeron en el despacho a un vividor que

había sido detenido como presunto miembro de la poderosa banda de expendedores de tóxicos; y el detective, poniéndolo bruscamente ante la jovencita, que se deshacía en llanto, dijo a ésta:

—¿Ha visto usted a este hombre antes de ahora?

La muchacha se puso trágicamente nerviosa y negó con furia.

—¡No le conozco! ¡No le he visto nunca!

Fué preciso apartarla de aquel hombre; y al quedar a solas con varios de sus agentes y el sospechoso sujeto, Anderson exclamó, sin preparación alguna, para coger por sorpresa al mismo:

—¡Esa muchacha miente... pero tengo otras pruebas para condenarle a usted!

—¡Se equivoca usted, jefe! — replicó el detenido, haciendo protestas de inocencia—. ¡Yo no conozco a esa muchacha! ¡No la he visto nunca!

—Bien, bien... Ya sabré la verdad...

Anderson tenía un ayudante, un amigo... y casi un hermano en Esteban Barney, un solterón que no sabía tomar la vida en serio.

Mientras Anderson trataba de desconcertar con sus acusaciones al expendedor de estupefacientes, llegó al despacho de los agentes una señorita.



—¿Ha visto usted a ese hombre antes de ahora?

Era Adela Gray, cuyo aspecto un tanto masculino no excluía en ella una atrayente y encantadora feminidad.

Barney se encargó de atenderla, gratisamente impresionado por su condición de hija

de Eva y su decisión completamente varonil.

—¿Por quién pregunta usted, señorita?

—Soy repórter del "Evening Herald" y deseo tener una entrevista con el señor Anderson.

—Mediando yo, eso es lo más sencillo del mundo... Voy a tener el gusto de presentarle al gran detective.

Avanzó Barney, seguido de Adela, hacia el despacho privado del jefe, y apenas se hallaron en el umbral del mismo, Anderson, que seguía acumulando acusaciones sobre el detenido, cerró la puerta con inusitada violencia, sin haber observado a la periodista.

Adela y Barney quedaron perplejos. ¡Vaya un recibimiento más cordial!

Barney no sabía hacia dónde mirar, y Adela, herida en su orgullo de mujer, comentó:

—¿El señor Anderson es siempre tan galante con las damas?

—Discúlpele usted, señorita. Es indiscutible que no la ha visto a usted... y si la ha visto... créame... no la ha visto bien...

—¡Qué lástima que no sea usted el señor Anderson!

—Soy su ayudante... su primer oficial... para lo que usted guste mandarme...

—Gracias, pero he de hablar con él personalmente.

—Espérese un poco... y luego la presentaré.

—Esperaré... porque me interesa mucho hablarle.

—Y así tendré yo el placer de platicar un poco juntos.

—Me parece que es usted muy galante.

—No lo parezco tan sólo... Le aseguro que lo soy.

Anderson, indignado ante la actitud de indiferencia adoptada por el detenido, ordenó que lo condujesen a la prevención, y al disponerse los agentes a llevárselo, no pudo menos de decirle, como una profecía que no tardaría en cumplirse:

—¡Ni con la muerte pagáis vosotros el daño que hacéis a la juventud, canallas! ¡No he de parar hasta que os vea ahorcados a todos los de la banda!

Cuando el detective quedó solo en su despacho, intensificóse su preocupación por el grave asunto de la peligrosa asociación.

Barney, sin tener en cuenta que aquel momento no era el más oportuno para molestar a Anderson, abrió la puerta y dirigióse hacia el jefe, para hablarle de los deseos de Adela; pero ésta, aprovechando el que la puerta estuviese abierta, entró detrás del ayudante, y antes de que éste le hubiese dirigido la menor palabra, dijole al detective:

—Vengo a solicitar de usted una interviú para el "Evening Herald" acerca de la cuestión de los narcóticos.

Inconscientemente brusco, el detective respondió:

—No estoy preparado para una conversación de esa clase, señorita. Además, se ha dado ya a este asunto demasiada publicidad.

Barney volvió a quedar turulado. ¡Sí que servía para algo su influencia!

Adela, empleando el sistema de la insistencia, no se movía del despacho de Anderson, esperando el buen momento para obtener de él lo que deseaba.

Pero el detective, llamando a consulta a varios agentes, la obligó, de un modo indirecto, a retirarse.

Y así lo hizo Adela, diciéndole desde la puerta:

—Mil gracias por su cortesía, señor Anderson... pero no lo olvide... conseguiré esa información, aunque lo impida toda la policía.

Anderson, que tenía otras cosas en que pensar, se encogió de hombros y se puso a hablar con sus subordinados.

Barney, deseando aplacar el genio suelto de la interesante periodista, trató de darle alcance, sin conseguir otra cosa que la caricia de un portazo.

El detective decía a sus agentes:

—El hombre que buscamos frecuenta mucho la Casa Arnold, un café de los suburbios. Estén todos ustedes preparados para dar una batida alrededor de ese café esta tarde.

Y así quedó convenido.

III

Cuando Jaime y Juanito llegaron a su humildísima casa, donde la falta de unas manos femeninas se hacía sentir extraordinariamente, el primero recogió del suelo, junto a la entrada del piso, un papel doblado.

—¿Qué es eso? — inquirió Juanito.

—No sé... Puede ser que me ofrezcan trabajo...

—A ver...

Jaime desdobló el papel y leyó en el mismo:

*Ven a casa de Arnold esta tarde a las 4.
Tengo un asunto para tí.*

Pedro

—¿Qué trabajo te ofrecen? — preguntó, de nuevo, Juanito.

—No es interesante... Y no preguntes tanto. Alguna contrariedad debía ocurrirle a su

hermano para que, en aquellos momentos, precisamente, se le expresara de aquel modo.

Le observó unos instantes y le vió entregado a profundas reflexiones.

Lleno de humildad, acercósele y le dijo:

—¿Estás incomodado conmigo, Jaime?

Estas amorosas palabras hicieron reaccionar al pecador, quien, abrazado al pequeño, repuso:

—¡Contigo, nunca, Juanito! ¡Pero estoy incomodado conmigo mismo!... ¡Porque necesito dinero, Juanito... necesito dinero para curar tu pierna!

Y al decir esto miraba la caja vacía de los ahorros.

Juanito sonrióle y exclamó:

—Por eso no te apures; podemos empezar a ahorrar otra vez.

—Buenos están los tiempos para ello, pequeño...

—Ya nos arreglaremos, hombre...

Siguió a esto una pausa.

Juanito buscó en la alacena y, no encontrando nada, dijo a su hermano:

—Debes tener hambre, ¿verdad, Jaime?... ¿Por qué no vamos a comer por ahí?

¿Y el dinero... para la comida?

Jaime buscó en sus bolsillos, encontró unas pocas monedas, y se las dió a Juanito, diciéndole:

—Cómprate tú lo que quieras; yo no tengo gana.

—Pues voy a la tienda de enfrente y en seguida vuelvo. Pero quiero que comas de lo que traiga, ¿eh?

—No tengo apetito, Juanito... Si lo tuviese, te daría más dinero para comprar comida para mí.

Y Juanito salió de la triste habitación, creyendo de buena fe que su hermano no quería comer nada.

Pero la realidad era que Jaime no tenía más dinero.

¡Era la ruina más completa!

Al quedar solo, Jaime releyó el papel que encontrara debajo de la puerta y se juró no acudir a la cita, para no comprometerse nunca más en negocios arriesgados; resuelto a regenerarse, por su hermanito.

Lleno de melancolía miró a la calle por la ventana del cuarto y sorprendió una escena que le llenó de amargura.

El protagonista de aquélla era Juanito, y los demás actores los chiquillos de los vecinos.

Estos gozaban librándose a un interesante partido de fútbol, y Juanito, embabecado con el juego... de los otros, deseaba participar en él... pero su pierna contuvo sus ansias, pegándole al suelo como si fuese un ser sin derecho a los goces de los demás.

Jaime crispó los puños. ¡Pobre Juanito! ¿Qué mal había hecho la inocente criatura para ser tan infeliz?

Recordó entonces, fatalmente, la cita de Pedro, que le daba ciento y raya al pillo número uno, y, no pudiendo ya rechazar la idea de acudir a ella, rugió, llorando de impotencia:

—¡Si... dinero, dinero!... ¡Que él pueda jugar con los otros chicos aunque yo me pierda!

Y sin que Juanito se enterase de nada, Jaime fué a reunirse con Pedro en Casa de Ar-

nold, lugar de reunión de la gente maleante de los suburbios.

En un rincón se hallaba un hombre elegantemente vestido, pero en cuyas facciones se adivinaba al granuja.

Era Arturo Warner, el hombre que buscaba la policía, y uno de los jefes de la banda de internacional de ladrones y expendedores de estupefacientes.

Jaime llegóse hasta Pedro, y éste, al verle, exclamó, alegrándose de que hubiese acudido a la cita, pues le necesitaba imprescindiblemente por su habilidad como chofer:

—¡Al fin se te ve el pelo! ¿Dónde has estado metido?

—Estuve unos días trabajando... por ahí repartiendo... puñetazos...

—Supongo que no tendrás inconveniente en ganar algún dinero... Voy a presentarte a Warner, que te necesita.

Pedro condujo a Jaime al lado del rufián, y le dijo a éste:

—Patrón, este es el muchacho de quien le hablé...

Warner le observó de pies a cabeza, y como

el examen resultó favorable, le dijo que su misión era sencillísima: limitarse a llevarlo en automóvil, a un barrio un tanto alejado, y luego ya le daría otras instrucciones.

Jaime aceptó lo de acompañarle, sin otra obligación que guiar el *auto*, y en cuanto a lo que tendría que hacer después, ya lo discutirían.

Naturalmente, no era para congraciarse con el jefe de policía que Warner debía ir a otro barrio en coche. Algún peligro habría, y sería preciso vencerlo. Por tal razón el chofer debía ser hábil y bien pagado.

Mientras Jaime fué a preparar el *auto*, por la calle rondaban numerosos agentes de policía, y en un coche esperaba el detective Anderson, personalmente, datos de sus subordinados.

Warner dirigióse al encargado del mostrador de Casa Arnold y le pidió una caja de puros que le guardaba. Aquél se la dió, envolviéndosela en un periódico, y el granuja salió inmediatamente del garito, subiendo al coche cuyo volante empuñaba Jaime.

—¡Aprisa! — ordenó a éste.

La policía en acecho se dió una señal, y llenó el coche en que aguardaba el jefe, para perseguir al de Warner, quien al verse en peligro, y habiéndosela jurado a Anderson, rompió el fuego, disparando contra el detective, pero con tan poco acierto que el tiro alcanzó a un subordinado, matándole.

La persecución fué encarnizada. Los disparos se cruzaban incesantemente, sembrando el pánico por todas las calles por que pasaban los dos coches.

Warner, agazapado en su coche, disparaba sin cesar con odio feroz, por la mirilla, al tiempo que gritaba a Jaime que volase, aunque atropellase a media humanidad.

Jaime, por propio interés, viendo el insospechado cariz que había tomado la aventura, guiaba el coche de un modo asombroso, anhelando ponerse pronto fuera del alcance de la policía; pero a pesar de todos sus esfuerzos no lo logró, a causa de interceptarle el paso, casualmente, un carro cargado hasta los topes; y para no chocar con él se vió obligado a virar, echándose sobre una tienda,

cuyos cristales se rompieron con gran estrépito.

Warner, revólver en mano, para defenderse, huyó aprovechando la confusión que se armó en el lugar del suceso; y Jaime, al intentar huir, cuando pudo salir del coche, fué detenido por todos los policías juntos.

¡Estaba perdido! ¡Tanto más cuanto que en el coche fué hallada, como una burla de Warner, la caja de cigarros!

*
**

Juanito no sabía nada de lo ocurrido.

Al día siguiente del suceso, se despertó cuando el sol estaba ya alto en el mundo de los justos, y mientras se desperezaba en el lecho llamó a su hermano, extrañándole no verle ya levantado.

—¡Eh, Jaime, despierta, dormilón!

La callada por respuesta.

—¿No me oyes, Jaime?

Idéntico resultado que antes.

Entonces Juanito observó la cama de Jaime y la vió vacía.

¿Qué significaba aquello?

Negros temores se apoderaron del huérfano.

—¿Le habrán echado otra vez el guante?— se preguntaba angustiosamente.

IV

Anderson se hallaba en su despacho, afligido por la muerte de uno de sus agentes en cumplimiento del deber.

Un nuevo motivo se añadía a sus ansias de exterminar la maldita banda internacional de ladrones y expendedores de estupefacientes.

Adela Gray, que no desconocía las condiciones que ha de reunir un buen repórter, volvió al despacho de Anderson tan pronto se hubo enterado del servicio practicado la víspera.

—Acabo de saber que su "raid" ha tenido éxito — le dijo, olvidándose de lo adusto que se portó con ella el día anterior—. Ahora, ¿puedo esperar de usted una breve información?

Esta vez el detective la complació a medias

— y era mucho — y sus declaraciones fueron tan interesantes como amargas.

La llegada de unos agentes con Jaime obligó a Adela a salir del gabinete privado, y Barney, que le había cobrado afecto, se apresuró a reunirsele en el despacho de los inspectores, vacío a aquella hora...

Jaime se consideraba inocente en medio de todo y odiaba con todas sus fuerzas a Anderson, por haberle echado mano y por considerarle un preso de extraordinaria importancia, gracias al cual lograría preciosos datos.

El detective le examinó rápidamente y dijo a sus hombres:

—Déjenle solo conmigo.

Los inspectores se apartaron a otro despacho, atentos al menor rumor en el del jefe; y cuando éste se disponía a interrogarle, Jaime le dijo, destempladamente:

—Bien; ¿qué quiere usted de mí? ¡Termínemos de una vez!

—Eso quiero yo, joven. ¿Quién estaba con usted en el coche?

—¡No lo sé... no sé nada!

—¿Por qué comete usted la simpleza de

guardarle las espaldas a un hombre que no se las guardó a usted?

—¡Yo no soy un soplón!

—¿Usted sabe que su silencio puede costarle hasta la muerte?

—¡A mí qué me importa la muerte!... ¡Cuanto antes, mejor!

—¿Por qué habla usted así?... ¿Tiene usted madre, padre?

—No...

—¿No tiene tampoco algún hermano o hermana?

El rostro hostil de Jaime adquirió una suave expresión, la expresión de un padre acariciando a un hijito enfermo...

Anderson comprendió lo que pasaba en el interior del detenido, y dijo:

—Vamos... veo que he tocado una cuerda sensible.

—Sí, tengo un hermano... un niño...

Su voz era dulce, apagada... Lloraba al recordar al hermano... Pero, de pronto, gritó, odiando al mundo entero:

—¡Por él, y sólo por él, me pillaron ustedes en el coche! El pequeño tiene parálisis en una

pierna... y necesito dinero, mucho dinero para poderse la arreglar...

—¿Dónde vive usted?

Jaime obedeció y luego guardó silencio. Evocaba a Juanito, que, sin recursos, debía pasar hambre en el cuchitril esperándole con impaciencia.

Anderson apeló, tras los apuntados momentos sentimentales, a la energía como jefe de policía, y le echó en cara su silencio, que le sería fatal:

—¿Por qué no habla usted claro de una vez?... Ya que no por usted, hágalo al menos por su hermano...

—Y que el chiquillo me desprecie al saber que soy un soplón, ¿verdad?... ¡No, gracias prefiero la muerte!

El detective comprendió que era inútil seguir interrogando a Jaime, hizo una señal y acudieron los agentes.

—Llévenselo — ordenóles.

Le colocaron de nuevo las esposas y le obligaron a seguirles. En la puerta, Jaime le gritó, centelleándole los ojos:

—¡Usted puede hacer conmigo lo que quie-

ra... pero guárdese de mí si algún día me veó en la calle!

Salieron los agentes, con Jaime; y Adela, que, sorprendiendo el interrogatorio de Jaime, había ido tomando notas, marchóse también, para



—...¡pero guárdese de mí si algún día me veo en la calle!

seguir aprovechando el tiempo en otro sitio...

Barney se reunió con Anderson, después de acompañar hasta la escalera a Adela, y el jefe

le dijo, poniéndose el sombrero e indicándole que lo imitase:

—Vamos a ver si hay algo de verdad en lo que ha dicho ese hombre.

*
**

El pobre Juanito empezaba a saber, por dolorosa experiencia, lo que era el hambre.

Se hallaba sentado en el zaguán de la escalera de su casa, cuando acertó a pasar por allí un judío con un niño de la mano, portador, éste, de un pan.

Juanito tenía hambre, y aunque no fuese más que pan lo que llevaba el chico, no meditó y se lo quitó, echando a correr escaleras arriba.

El judío puso el grito en el cielo; se arremolinó gente; acudió un policía, y éste, haciendo circular al público, subió con los perjudicados al piso de Juanito, que se parapetó en su interior, para poder comerse siquiera un canto del apetitoso pan.

No respondió a las llamadas del policía, y éste se vió precisado a aunar todas sus fuerzas para empujar la defendida puerta.

Juanito ocultóse debajo de la cama, pero fué sorprendido, y el policía le amonestaba severamente, por su robo, cuando llegaron al misero hogar el jefe Anderson y Barney.

El detective dijo al guardia:

—¿Este niño es el hermano de Jaime Barry, oficial?

—Lo sea o no lo sea, ¿a usted qué diablos le importa?

Sin decir nada más, Anderson pagó al judío el pan robado por Juanito, y, luego, fué a hablar con el niño.

Barney se encargó de poner más rojo que una amapola al guardia.

—Ha metido usted el remo... ¡Es el jefe!— le dijo, mostrándole su chapa de inspector.

Desconcertado, el guardia descargó su nerviosismo en el judío, y quieras que no le obligó a tomar el pan y a huir más de prisa que corriendo.

Y hasta obsequió al judío con una patada en salva sea la parte; pero el viejo no protes-

tó, pues al fin y al cabo se llevaba el pan de balde.

Quedaron solos el jefe, el ayudante y Juanito.

Anderson sometió a interrogatorio al pequeño.

—Mucha hambre debes tener cuando te has atrevido a robar ese pan...

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo lo robé?

—No seas arisco... ¿Qué te parece si celebrásemos nuestro conocimiento con una buena comida?

Barney se irguió, secundando la idea del jefe, y dijo, colocándose un pañuelo en un brazo, como los camareros, y carnet y lápiz en ristre:

—A sus órdenes, señor: servicio a la carta, rápido y esmerado.

Y ante la sorpresa de Juanito, que creía tonto de remate a Barney, Anderson encargó un succulento menú, no faltando en él un pollo entero.

Durante la ausencia de Barney, Anderson

pretendió ganar la confianza de Juanito, pero el chico le dijo:

—¡Yo no quiero nada con policías!

—No lo soy, Juanito...

—¿Por qué lleva usted ese distintivo en el ojal si no es policía?

—Esto quiere decir, Juanito, que yo soy tu amigo... un hermano mayor para los niños como tú.

Adela llegó en aquellos instantes. La casa de Juanito era el sitio donde debía seguir aprovechando el tiempo, en su afán de lograr interesantes datos para un artículo sobre los estupefacientes. Acaso fuese Juanito una víctima de los tóxicos...

Pero, afortunadamente, Adela vió que Juanito era un muchacho muy agradable, y que todo lo que dijera Jaime era cierto.

Se detuvo en la puerta y escuchó las cariñosas frases que el detective pronunciaba al niño, que se iba dulcificando paulatinamente.

Por fin, Adela anuncióse dando con los nudillos en la puerta abierta, y, al entrar, dijo, acariciando al niño, a cuyo lado se sentó, pues Anderson le ofreció su sitio:

—¿De modo que este es el pequeño señor Barry?

—Suprima lo de "señor"; yo tengo un nombre... me llamo Juanito — le respondió éste, con muy poca galantería.

—No te enfades, precioso... Nosotros te queremos bien.

—¿Es usted novia de ese "poli"?

—¡Oh! No, hijito, soy una buena amiga suya...

—¡Déjeme en paz! ¡Esas caricias guárdelas usted para su novio!

—¡Jesús! ¡Pero si es porque me eres muy simpático!

—¡Yo no la conozco a usted!

—De hoy en adelante nos conoceremos mucho... ya verás...

La llegada de Barney con la suculenta comida encargada por Anderson puso fin a la plática, imponiéndose la realidad del apetito del chico, que, obsequiado por Anderson, Barney y Adela, cuya dulzura iba cautivando su simpatía, devoró como un monstruo.

*
**

La mansión del detective Anderson se animó con las risas un poco tristes y las carreras un poco torpes de un niño desgraciado.

El propio Anderson lo desnudaba, para que Barney lo bañase, para transformarlo en un niño encantador, y Juanito se dejaba hacer, ignorando que lo iban a bañar.

Cuando le ayudó a quitarse el aparato de la pierna sin nervios, le dijo, deseando proteger a aquel desamparado niño:

—Yo tengo un médico amigo mío, Juanito, que te mirará esta pierna... y yo espero que te la curará.

—Sí, eso me parece bien. Mi hermano quería hacer lo mismo, pero le faltaba dinero. Y ahora, habiendo sido detenido y acusado de un delito que no ha cometido, tendrá menos, si no puede trabajar...

—Tú sé bueno y así cuando tu hermano te vea estará contento de ti. Me consta que te quiere mucho.

—¡Que sí me quiere! ¡Nos queremos mucho, ya lo creo! ¡Jaime es muy bueno!

—Sí, Juanito... muy bueno.

Barney acababa de preparar el baño y apareció en el dormitorio destinado al huérfano, diciéndole, como un ayuda de cámara:

—El señor tiene el baño preparado.

Juanito tornóse de todos los colores. ¡Qué baño ni qué narices!

—¡Yo no me baño, no y no!... ¡No me baño aunque me hagan pedazos!

Barney le persiguió, y tras no pocas caídas y recaídas logró cogerlo y conducirlo a la bañera, para dejarlo como nuevo.

El buenazo ayudante pasó las de Caín dominando a Juanito en el agua caliente, y casi se enjabonó tanto él como el muchacho.

Adela llegó a la casa en aquellos instantes, pues se había hecho gran amiga de Juanito y al propio tiempo de Anderson, y al indicarle éste que el niño se hallaba en el baño con Barney, fué a verle, pero retrocedió tapándose las orejas al oírle "piropear" al paciente ayudante.

—¡Qué vocabulario, señor Anderson! ¡A ese

chico seguramente no le darian entrada en la Academia! — exclamó al reunirse con el detective.

—Ya lo educaremos... ¿no es verdad? En poco tiempo será otro... He hablado ya con el doctor Meinhalsen para que mañana mismo examine a Juanito en el Hospital Elk.

—El doctor Meinhalsen es un eminente cirujano...

—Quiero que usted esté presente... Es usted la única persona que al niño inspira verdadera confianza.

—No faltaré...

Barney presentóse al poco ante ellos con el chico en sus brazos, lo depositó en los de Adela, que calmó al chiquillo, y junto a la cual estaba Anderson; y, dejándose caer en un sillón, murmuró jadeante:

—*¡Nunca más!... ¡Lo juro!... ¡Nunca más!*

Tenía razón. Aquello no había sido un baño... ¡sino dos!

V

El Hospital Elk era un renombrado establecimiento donde el sol y el aire constituían los principales elementos de curación.

Juanito fué conducido al mismo por Anderson y Adela, y el doctor Meinhalsen, a la hora de la visita, se dispuso a examinarle la pierna paralítica.

Al ver al doctor, y mientras éste hablaba con Anderson, Juanito preguntó a Adela:

—¿Quién es ese viejo: el doctor Matasanos?

—¡Chitón! Eso no se dice — le reconvinó Adela, poniéndole una mano en la boca.

Y el niño calló, porque se lo mandaba ella.

El doctor le examinó acto seguido, la pierna, pero Juanito no pudo continuar callado, ni era eso posible, ya que una rebeldía de años no se cura en un día; y dijo al eminente galeno:

—¡Más vale que deje mi pierna quieta, porque si me hace daño va a saber quién soy yo!

—No temas, hijito... — respondióle el médico; y añadió, dirigiéndose a Anderson y Ade-



...lo depositó en los brazos de Adela...

la... como si éstos fuesen los padres de la criatura:

—Será preciso hacerle una operación sencilla, de cuyo éxito casi puedo responder por anticipado.

Juanito lo oyó, y repuso:

—¡De eso ya hablaremos! ¡Antes de hacerme la operación tendrán que traerme a mi hermano!

Jaime, en tanto, pensaba en Juanito. ¿Qué habría sido de él? ¿Lo habría recogido algún vecino?

En tales meditaciones estaba cuando un preso que barría los suelos le arrojó un papel.

Jaime precipitóse a leerlo. Decía así:

Anderson va a meter a tu hermano en un reformatorio... si no lo matas antes.

Arturo Warner.

—¡Ah, maldito! — rugió, enloquecido de dolor, el infeliz.

Se aferró a los barrotes de su celda y trató de derribarlos.

Pasó cerca de su encierro un celador y él le gritó:

—¡Abre! ¡Mi hermano me llama!

Y ante sus vanos esfuerzos por salir de la cárcel, rompió a llorar furiosamente.

*
**

Juanito se oponía a que le operasen sin que su hermano estuviese junto a él, pero, con hábiles y piadosos engaños, se logró anestesiarlo, y se practicó la operación.

Anderson asistió a la misma, y Adela esperó conocer el resultado en el despacho del director del Hospital.

Una enfermera acudio a enterarla del éxito de la operación.

—Podemos ya cantar victoria... Todo ha salido muy bien.

Anderson no tardó tampoco en reunírsele y le dijo, emocionado aún:

—Está salvado el niño... Puedo asegurarle a usted que acabo de vivir los momentos más intensos de mi vida.

—¡Qué alegría! — exclamó Adela, húmedos los ojos—. Ahora Juanito podrá correr y jugar como los otros niños.

—Sí, pobrecito...

El doctor acercóse a ellos y, considerándoles una misma persona, les dijo, satisfecho de su triunfo:

—Mi trabajo ha terminado ya; ahora viene el de ustedes. No olviden que el reposo y la tranquilidad son el factor más importante para la completa curación.

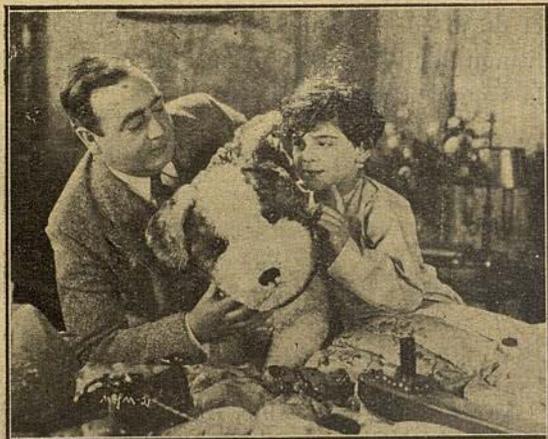
*
**

Tan pronto fué posible, Anderson hizo trasladar a Juanito a su casa, y lo mismo él que Barney y Adela — sobre todo ésta — le rodearon de mimos.

Aquella mañana, Barney y Adela, ocultando una profunda emoción, trataban de distraer al niño.

Juanito, que iba reponiéndose notablemente, se había empeñado en ver a su hermano.

Adela, agotando Barney todos los recursos para calmarle, le respondió, acariciándole maternalmente:



...trataban de distraer al niño...

—No llores, hijito... el señor Anderson ha ido a buscarlo...

Lo cierto era que en tales momentos la justicia condenaba a Jaime, y que Anderson es-

taba presente al juicio, lamentando la sentencia condenatoria.

Al oír su condena, Jaime levantóse del banquillo, cerró los puños y, dirigiéndolos hacia Anderson, gritó:

—¡Miserable! ¡Lo mío no me importa!... ¡Lo que no le perdonaré nunca es lo que ha hecho usted con mi hermano!

Y dejándose llevar de su cólera se abalanzó hacia el jefe de policía, pero fué detenido por cien brazos antes de que lo hubiese alcanzado.

En vista de ello, el Presidente de la Sala reclamó silencio y pronunció la sentencia.

—¡Usted es una amenaza para la sociedad, y voy a hacer un escarmiento! ¡Le condeno a quince años de trabajos forzados!

—¡Maldito! ¡Maldito! — rugió, como bajo los efectos de un ataque de locura, el infortunado Jaime.

Anderson estaba muy afligido, y por si era posible hacer algo por el preso, suplicó respetuosamente al juez:

—Señor Presidente, yo pido indulgencia pa-

ra ese desgraciado... no solamente por él, sino también por su hermano.

Pero el magistrado le contestó:

—Siento no poder complacerle, señor Anderson; la sentencia está ya pronunciada.

VI

De vuelta a su casa, Anderson comunicó a Adela la triste realidad.

—Nada he podido hacer... La opinión pública era muy fuerte contra él.

Añadió lo del incidente, que fué la causa del aumento de la condena, y comentó con infinito pesar:

—Lo que me inquieta es pensar cómo acogerá Juanito estas noticias...

—Desde luego, no le parecerán muy agradables... El pobrecito no piensa más que en el regreso de su hermano... — respondió Adela.

Anderson subió a la habitación del niño, quien, al oír pasos, incorporóse y gritó:

—¡Jaime... Jaimito!

Al ver a Anderson sonrió y dijo:

—¡Hola, Alfredo!

—¡Hola, Juanito!

—¿Dónde está mi hermano?

—Jaime tenía algunas cosas que hacer... pero ha quedado en venir pronto.

—¡Me parece que me engañas otra vez!

—No lo creas, Juanito... No puedes dudar de nuestro cariño...

—¡No quiero nada con ustedes! ¡Siempre me están mintiendo!

*
**

Jaime era conducido al presidio, custodiado por dos agentes; pero al detenerse el tren en que viajaban, en una de las primeras estaciones de parada, varios individuos, al frente de los que iba Warner, amenazaron a la gente del vagón, y después de pegar terribles golpes en

la cabeza de los agentes, cortaron las esposas que unían a Jaime a uno de ellos, saltando con éste a tierra, para subir en un *auto* que los estaba esperando.

Inmediatamente después de haberse recobrado de los golpes recibidos, uno de los agentes telefoneó al jefe — Anderson — y su comunicación fué recibida por éste friamente.

Barney y Adela no hicieron lo mismo al comunicársela él, y Anderson, para consolar a Juanito, fué a decirle:

—Escúchame, hijo mio... Tu hermano acaba de telefonar...

—¡No, no es verdad!

—Créeme... es cierto lo que te digo... Estará aquí hoy mismo... quizás en seguida.

¡Estaba seguro de que iría a su casa, pues no podía olvidar las palabras que pronunció aquella mañana al ser condenado!

*
**

—No quiero marcharme, dejándole a usted solo, jefe — decíale Barney a Anderson, a las once de la noche.

—No hay peligro. Si Jaime Barry se presenta, yo solo resolveré mejor la situación.

—Bien... Como usted mande, pero...

—No hay cuidado, Barney...

Adela se disponía a marcharse, pero Juanito le suplicó se quedase, y como por otra parte ella temía que a Anderson le sucediera algo malo, accedió a no moverse hasta más tarde...

Cuando el niño se hubo dormido, Anderson entró en el cuarto, pero Adela lo empujó suavemente hacia un lado y no pudo ocultarle sus temores...

—No hay nada que temer, Adela. Por el bien del niño yo deseo que Barry venga aquí esta noche — le dijo él.

—Pero ¿y usted?...

—¿Qué quiere usted decir, Adela?

—¡Oh, señor Anderson, permítame que no me mueva de aquí esta noche!

—Gracias, Adela...

Iniciaron un casto abrazo, pero Juanito los interrumpió, para, despertando sobresaltado, decirles:

—¿Y mi hermano... ya ha venido?

Anderson, inconscientemente, repuso:

—No sé si estará abajo; voy a ver.

Salió del cuarto, y apenas lo hubo hecho oyó el rumor de dos cuerpos al ocultarse en la habitación de la planta baja.

En efecto, Warner y Jaime habían penetrado en la casa y, al oír ruido, se ocultaron.

Anderson siguió en la obscuridad los gestos de los intrusos, y con admirable arrojo saltó la baranda de la escalera y fué a caer encima de Warner, a quien desarmó al momento, y al encender la luz para contener a Jaime, colocóse detrás de Warner para que el cuerpo de éste resguardase el suyo de los posibles disparos de Jaime; y dijo a éste:

—¡No dispare, Jaime! ¡Es mejor para todos!
Warner, considerándose perdido, gritó a Jaime:



Iniciaron un casto abrazo...

—¡Tira, imbécil, tira!

Pero Jaime vacilaba, pues Anderson se parapetaba detrás de Warner.

—Me alegro de que haya usted venido, Barry; le estaba esperando... para que habláse-

mos — continuó diciendo Anderson.

—¡No! — replicó Jaime—. ¡No me engañará usted más, Anderson, porque ésas van a ser sus últimas palabras!

—¡No tire, Jaime! Juanito está aquí... Se pasa el día llamándole...

Warner rugió con más furia que antes:

—¡Miente, Miente! ¡El chiquillo está muerto!

—¿Qué? — inquirió Anderson, comprendiendo. Y llamó al niño, para aclarar aquel tenebroso asunto—: ¡Juanito!... ¡Juanito!... ¡JUANITO!

Adela y Juanito salieron de la habitación, y el niño, al reconocer a su hermano, gritó loco de alegría, arriesgándose por vez primera desde su curación a andar:

—¡Jaime! ¡Jaime!

—¡Hermanito! ¿Cómo es que andas tan ligero?

—Todo se lo debo a mi amigo Alfredo; ha sido él quien me ha curado.

Se fundieron en un emotivo abrazo, y, al reaccionar, Jaime sintió que se le caía la espesa venda que cubría sus ojos. Dirigióse a Warner, con ojos de venganza, y rugió:

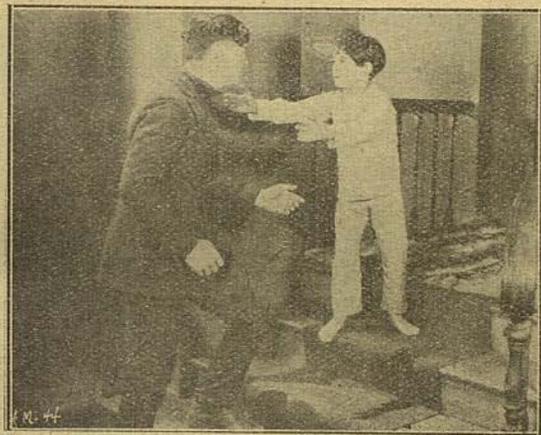
—¡Lo comprendo todo, canalla!... ¡Yo no te acusé cuando me prendieron, y tú en pago querías perderme!... ¡Me dijiste una serie de mentiras acerca del chico, para que yo mata-



Adela y Juanito salieron de la habitación...

se al señor Anderson! Así tú quedabas libre de culpa, ¿verdad?... ¡Como con lo del *auto*, que fui yo quien pasó por un bandido sin comerlo ni beberlo!... ¡Ladrón!... ¡Toma!

Le descargó su puño en el rostro, tumbándolo al suelo, y lo hubiese matado como a un perro rabioso si Anderson no le separara a



—¡Jaime! ¡Jaime!

tiempo, diciendo a Jaime, viéndole ya en la calle libre de toda culpa:

—Jaime, ¿ha dicho usted la verdad?

Solemnemente, Jaime repuso:

—¡Lo juro ante Dios!

Warner pretendió huir, pero Barney, que no

quiso dejar solo toda la noche al jefe, se encargó de cerrarle el paso, y otros agentes, que él avisó, por si acaso, se llevaron al jefe de la



...ofreció sus muñecas a Anderson...

banda internacional de ladrones de joyas y expendedores de drogas.

Jaime, arrepentido, ofreció sus muñecas a Anderson, pero éste, estrechándole la mano, le contestó:

—Es usted bueno, Jaime. Yo me encargo de arreglar su asunto, y se quedará usted aquí con Juanito y conmigo.



—Cuando quieras celebraremos la interviú que tú deseabas.

Los dos hermanos se abrazaron llorando, y Adela, en un rincón, los imitaba sola... pero Anderson, reuniéndosele, le murmuró, estrechándola contra su corazón:

—Cuando quieras celebraremos la interviú que tú deseabas... He esperado hasta este momento para que pudiese añadir que... me caso... con la autora de la interviú.

Y ella no dijo que no.

FIN

¡ EL MARTES !

Acontecimiento en las

EDICIONES ESPECIALES de
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

RAMONA

por

DOLORES DEL RIO y WARNER BAXTER



Es una joya de los

ARTISTAS ASOCIADOS

RECUERDE V. ESTOS TITULOS

El Capitán Sorrell

y

El Jardín del Edén

Primeras novelas de la producción
para 1928

editadas en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

¡No deben faltar
en ninguna biblioteca de buen gusto!

Sábado, día 1 de Septiembre

¡Acontecimiento!

Aparición de

La Novela Fox

Publicación semanal

de los argumentos de las películas

de tan famosa marca



EXCLUSIVA
DE VENTA

Sociedad General
Española de Librería

Barbará, 16
BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1
MADRID